

MI VIDA CAMBIA EN ESTE MOMENTO (mi vida cambia) y no sé bien por qué. Podría ser por la ventana (por los geranios de la ventana), por el clóset de puerta corrediza, por el gavetero que ganaba altura, por la cama en la que estaba semiacostado, por los pocos cuadros o fotografías (salvo la de Carlucho en su primera comunión), por las cornetas en alto que Gallo había acomodado, por el tocadiscos cuya aguja de diamante surfeaba sobre el acetato, por el conjunto de todo y nada. El cuarto de Carlucho, sí, donde siempre recalábamos, y sobre todo a la hora de escuchar música (nuestra música). Cuántas veces no habríamos estado allí, tendidos o vagueando, con nuestros uniformes caqui, jubilados de clase o no, Carlucho haciéndome escuchar piezas disímiles o nuevas, y yo con almohadones en la espalda para no reclinar me del todo. Un cuarto que tenía como un vacío, que era escueto e impersonal, con ese punto de luz en la ventana (que los geranios reducían), con ese tesoro que Carlucho escondía en el clóset: su enorme colección de elepés, que hacía crecer porque los interiores, las medias, los chores, las sandalias, las raquetas de tenis, los había ido mudando para el gavetero sin que su madre (lívida Mery) se diese cuenta. Corría la puerta y entonces aparecían esos lomillos multicolores, unos más gruesos que otros, en las varias hileras, que crecían hacia arriba o hacia abajo, disputándoles el espacio a suéteres

que nunca usaba o a zapatos roñosos que sobrevivían patas arriba como cucarachas muertas.

Mi vida cambia en este momento porque después de pasearme por Uriah Heep o Grand Funk (debería omitir su debilidad por Carole King, la greñuda de *Tapestry*, con la que siempre iniciaba las sesiones), Carlucho entresaca un disco de portada que iba del negro puntilloso al verde musgo, en una degradación fina (yo diría hasta hipnótica), que obviamente yo no conocía, y que él evita que yo vea... Esto es una sorpresa, me dice. Me lo ha prestado Eduardo y apenas lo he oído..., pero tiene una canción, coño, que me parece sublime y que debes escuchar. No te digo más. Te la pongo y ya..., a ver qué te parece. Pero yo lo que oigo es como una afinación de guitarra, con puros armónicos, y para colmo alguien que dice okey, como si estuviera probando sonido, y entonces yo no entiendo nada y le digo a Carlucho pero qué coño es esto, y Carlucho sonríe como quien domina la escena. Dame acá esa vaina, reacciono, y le quito de la mano la carátula para buscar en el reverso los créditos y descubrir la frase *twelve-string guitar*, convencido de que nunca había escuchado algo parecido. ¿Qué música es esta?, le pregunto. No sé si entiendo. Suena como a burbujas... Pero no hay nada que entender, me replica. Más bien cállate. Escucha y punto...

¿Por qué ese momento vuelve? ¿Por qué la escena vuelve una y otra vez sabiendo que era irrepetible? Con el tiempo, sabría que era el comienzo de algo, quizás de mi vida adulta. Hay un quiebre allí, un antes y un después, y el después ha sido todo, incluso estas líneas que escribo. Siempre pensé que allí estaría el origen de lo que después fuimos, de lo que hemos sido, de lo que seguimos siendo. La música como

pretexto, médula, razón de ser, pero no cualquier música, claro, sino la que nos envolvía en esos años, 1972 o 1973, en medio del bachillerato, adolescentes imberbes, un poco pretenciosos, siempre queriéndonos diferenciar de los demás, que para nosotros eran previsibles, cotidianos, efímeros. Nosotros con nuestros baluartes, con nuestros estandartes, un poco sabihondos, creyendo que nuestros gustos nos diferenciaban, sobre todo los musicales. Un clan, una secta, una membresía. ¿Retener esa historia, acaso recorrerla? Y sí, la idea persistente de reproducirla, de fijarla en la memoria, de que no fuera un borrón, sino una cuenta nueva. Debía escribirla en algún momento, pero no sabía cómo. Me parecía muy abundante, ramificada, incontenible. ¿Un libro de memorias, un conjunto de entrevistas, un extenso reportaje de varias entregas? ¿O más bien una novela? Pero no, Bernardo, ¿cómo que una novela?, me susurro a mí mismo. Eso es una imposibilidad, mi niño. Y pensar que podría ser caleidoscópica, con fotos, con secuencias de conciertos, con fichas grupales. Podrías pinchar en una página y ver, de pronto, a David Gilmour; podrías rozar una pantalla táctil y retener el rostro de Sonja Kristina mientras canta “Metamorphosis”.

Pero sigo en el cuarto de Carlucho, escuchando los acordes de una guitarra de doce cuerdas, armonía pura, que luego se convierten en rasgados, y sobre los cuales surge (lo que luego entendí que era) un sintetizador, para los conocedores un *minimoog*, que reproducía un sonido único, inolvidable, precursor, y luego la voz celestial de quien después sería Jon Anderson, un cantante con voz de mujer, o de ángel, o de castrato, una finura, un llanto, un quiebre, la belleza pura, condensada, y también el amor, porque “And You and I” era sin duda una pieza amorosa, pero no entre dos o tres, sino

entre la humanidad toda, amándose a sí misma, reverenciándonos unos a otros, celebrando el misterio de estar vivos. Luego de los primeros acordes, con guitarra, bajo, batería rítmica y voz, sobrevinía una irrupción orquestal, tremenda, omniabarcante, sublime, que un (no hay otra palabra) animal llamado Rick Wakeman, el tecladista, encumbraba hasta las alturas, como para indicar que no hay techo ni límite alguno. Del valle a las cimas y de las cimas al valle, una y otra vez, para derivar en un solo de *minimoog*, surgiendo de una complejidad instrumental como para poner orden, como para que la belleza pudiese flotar sobre el caos, burbujas o picoteos de pájaro, llanto de un búho o de una alondra, una de las secuencias más unánimemente hermosas que he oído y que me ha hecho llorar innumerables veces. ¿Cómo se reunía tanto talento?, me preguntaba. ¿Cómo se lograba tal nivel de elevación? O mejor: ¿cómo era posible crear música como esta?

La verdad sea dicha: en esa primera ocasión, disputándome la carátula con Carlucho, creo no haber entendido la canción. “And You and I”, claramente, me superaba, me sobrepasaba. Era una melodía marciana para quien hasta hace poco se movía entre Cat Stevens y Deep Purple. Aquello fue, me repito, un quiebre, un cisma. Tuve que escucharla una y otra vez, de tarde y de noche, para entenderla, captarla, sentirla, y no fue fácil. Pensaba que debía comenzar de cero, que debía olvidarme de todo el lastre anterior. Eso que comúnmente llamábamos rock cambiaba para siempre, se volvía complejo, elaborado, exigente. Quería acercarse al jazz, a la música clásica, a todo tipo de experimentación o mezcla. Nada podía serle ajeno, y más con la inclusión de tecnologías cada vez más sofisticadas, en las que un melotrón podía reemplazar a toda una orquesta. Creo que “And You and I”

es la pieza que más veces he escuchado, la que me llevaría a la tumba, la que le haría oír a un enfermo terminal. No entiendo cómo aún tiemblo cuando la oigo, como si fuera la primera vez, como si se tratara de un bautismo. Esa pieza, además, tiene la culpa de todo: de haberme cambiado, de haberme iniciado, de los amigos que tuve, de los grupos que formamos. Me ha acompañado en el éxtasis y en el dolor, en la alegría y en la pena, porque todo lo absorbe o lo contiene: dolor y luto, pero también grandeza y esplendor. Maldito Steve Howe con su guitarra celestial, maldito el mago Bill Bruford por tocar con tanta elegancia y precisión, maldito Rick Wakeman con su capa de brillos dorados cuando se presentaba en concierto. De esta intimidación sabía Carlucho, de este pacto con la banda Yes me sabía cómplice. Fueron únicos, fueron inmortales.

Carlucho: De nombre Carlos, como es de sospechar, también lo llamábamos Carlanga o Carlíviris, dependiendo de los estados de ánimo o de los momentos burlescos. Carlucho el larguirucho también era una constante, porque estaba cerca del metro noventa, y sin embargo tenía una tendencia a encorvarse. Usaba cintos delgados de cuero, llevaba lentes, siempre un bolígrafo en el bolsillo de la camisa, zapatos de cuero (preferiblemente marrones). De andar pausado, que a nadie se le ocurriera apurarlo porque se enlentecía aún más. Dejando atrás el tercer año de bachillerato, optaría por la mención de Humanidades: él la sustentaba porque, risa en ristre, estaría acompañado por puras damiselas, en una proporción de nueve a uno. Harto de consentimientos y amapuches nos veía desde su hilera con mirada cándida cuando tocaban el himno nacional, una obligación matutina del Instituto Escuela, donde todos estudiábamos. Generalmente, al final de clases, Carlucho solía caminar hasta su casa de la

calle El Mirador, en Prados del Este. Yo lo comencé a acompañar algunas tardes, cuando no tomaba el autobús escolar que me llevaba a La Boyera, en parte para admirar su creciente colección de discos. Supe en un primer momento que me tomó por un campuruzo, venido de campos petroleros, pero una intervención mía en Historia Universal (me lo dijo después), para hablar de Alejandro Magno, lo disuadió. En esos inicios, junto a Bartolo, formamos una tríada, casi inseparable, en la que Bartolo nos hacía reír, Carlucho sentenciaba y yo los escuchaba a los dos. De la risa a las ideas, de la comedia a una cierta épica coja, con la que queríamos construir algo que no terminaba de esbozarse: una mirada sobre el mundo, un cierto apartamiento de los modos del momento, unas lecturas díscolas que buscaban referentes espirituales. Bartolo no era muy melómano, por lo que resistía las sesiones hasta cierto punto. Sin darnos cuenta, nos abandonaba cuando saltábamos de las melodías (se sabía las letras de Cat Stevens) a piezas más pesadas: los interminables solos de guitarra de Ritchie Blackmore, que Carlucho imitaba abanicando sus manos alrededor de una guitarra imaginaria, lo terminaban espantando. Bartolo bajaba los pocos escalones que lo llevaban a la sala y de allí se escabullía por la cocina mientras nosotros nos agotábamos con “Strange Kind of Woman”.

La primera vez que estuve en casa de Carlucho, inesperadamente, me invitaron a almorzar. Yo estaba apenado porque la mesa la servían como para reyes: servilletas de tela, cubiertos de plata, vajilla lacrada, vasos que eran más bien copas. En la cabecera estaría su padre, don Carlos, abogado de larga trayectoria, muy fino y de grata conversación. A su izquierda se sentaba su esposa Mery, también abogada, aunque no ejerciera. Desde un primer momento, me